en que se han visto, con decir: «Me he asentado por esclava de la Virgen y Madre de Dios, no temo de faltar á su servicio, ni hacer cosa con que dé disgusto á mi Señora.» Y se ha sabido, que ha sido ese el escudo con que se han armado con muy grande constancia, así doncellas como casadas, para defenderse de importunas tentaciones con que enemigos desalmados las han acometido. Y ha sido materia de alabanzas divinas en este pueblo, el ver el afecto y devoción con que cumplen con las condiciones de esta esclavitud dichosa, siendo una de ellas la frecuencia de los Santos Sacramentos, que felizmente se introdujo en este pueblo y Colegio de Querétaro.

Los demás ministerios y ejercicios que en orden á la ayuda de la salvación de las almas se ejercitan en los demás Colegios y casas de la Compañía, están muy entablados en este Colegio, de que tratamos, como es: el acudir á confesiones de enfermos de día y de noche, el ayudarles y asistirles á la hora de la muerte, el concordar y componer enemistades, y los demás oficios de caridad á que ya saben que están dedicados y profesan, donde quiera que se hallan los de la Compañía; y dejamos de contar casos de harta edificación que en estas materias han sucedido, por ser comunes con los que, hablando de otros Colegios, dejamos escritos. Aunque no se puede dejar de decir lo que es particular en este pueblo, esto es, que por estar poblado (como al principio dijimos) no sólo de españoles, sino también y en gran parte de los indios que llaman otomíes, cuya lengua es de las más difíciles de la Nueva España, en la cual hay algunos Padres muy diestros en esta nuestra Provincia, y ordinariamente ponen nuestros Superiores por morador á alguno de estos Padres-lenguas en el Colegio, para que puedan ayudar y confesar á esa pobre gente, que experimentada de la caridad con que se les acude, no son pocos los que vienen á nuestra Iglesia á recibirles. Porque aunque tienen por Curas y Párrocos á los Padres de San Francisco, pero no es nuevo en los penitentes el buscar confesor que menos los conozca; y así, no son pocos los indios naturales que acuden á nuestra Iglesia, los cuales son despachados con tanta prontitud y caridad, que quedan muy agradecidos á frecuentar nuestra casa y buscar nuestros confesores. Y con esto habemos dicho por mayor lo que de edificación se ofrece escribir de nuestro Colegio de Querétaro, donde al presente se ha comenzado á edificar Iglesia y templo más lucido y de propósito, porque el que hasta aquí ha tenido este Colegio, aunque ha sido decente y curiosamente adornado, pero no de la capacidad y dura que pide tal fábrica y edificio dedicado al culto divino; y por remate de la fundación de este Colegio, escribiremos la vida y santa muerte del que en sus principios fué de los primeros Rectores que lo gobernaron y lo adelantó así en lo temporal como en lo espiritual, con su grande virtud, religión y prudencia.

CAPITULO XXX.

VIRTUDES
Y DICHOSA MUERTE DEL MUY RELIGIOSO P. PEDRO DE EGURROLA, RECTOR DEL COLEGIO DE QUERÉTARO.

Las virtudes y ejemplo de observancia religiosa con que el P. Pedro de Egurrola edificó á nuestra Provincia de Nueva España en todos los puestos donde le puso la obediencia, merece que para nuestra edificación hagamos aquí memoria de ella. Fué el Padre natural de México, hijo de padres muy honrados y de lo muy noble de la ciudad, y hermano mayor de tres hijos que sus padres dieron á la Religión de la Compañía. Entró en ella nuestro Pedro de edad de quince años, con mucho gusto de los Superiores y de los más que lo conocían, porque se prometían en él un sujeto en lo de adelante de mucha importancia, por las buenas muestras que de su habilidad, estudios y virtud daba desde sus tiernos años. Y los que en ellos le trajeron y confesaron, reconocían una gran pureza de vida é integridad de costumbres, nacida de la frecuencia que tenía á los Santos Sacramentos de la confesión y comunión y á la Congregación de la Santísima Virgen, á quien desde niño tuvo muy tierno y filial afecto; éste le duró por toda la vida, procurando en ella hacerle los mayores servicios que su devoto afecto le pedía. En testimonio de esto, rezaba cada día de rodillas el oficio divino de su Purísima Concepción con su Letanía, y en el coro asimismo cada día, de rodillas, el Rosario. Acabado su noviciado y prosiguiendo con sus estudios de Humanidad, Artes y Teología, en ellos procedió siempre con notable ejemplo y edificación de todos los de casa, y en sus estudios salió tan aventajado, que pudiera con grande satisfacción haber leido cualquiera cátedra y facultad de las que se enseñan en la Compañía; y éste fué el concepto que de sus aventajadas letras siempre se tuvo. Si bien, por servirse de él la obediencia para otros ministerios, nunca le ocupó en este empleo, en lo cual mostró él su humildad, como también en su trato, no ostentando lo que sabía ni dando muestras de ello, si la ocasión no le obligaba á hablar de esas materias, y quien no le conocía le pudiera tener por hombre sin letras ni estudios. Ni jamás dió muestras de sentimiento, ni queja de que le divirtiesen de la ocupación de letras, á que de suyo era aficionado. Y por otra parte, en cualquiera ocupación en que le ponía la obediencia, era muy exacto, procurando diligentemente acudir á lo que la perfección de cada uno para su buena expedición pedía.

Fué algunos años Rector de los Colegios de Valladolid y Querétaro y del Seminario de San Jerónimo de la Puebla de los Angeles, y por su buena industria y traza en la fundación del de Querétaro, de que habemos hablado, se vencieron no pequeñas dificultades que se ofrecían para que la Compañía entrase en este pueblo, de que se temían algunos ruidos; y todos los previno y estorbó el Padre, quedando en mucha paz y conformidad con las Sagradas Religiones que antes habían fundado en este pueblo.

En los Colegios que gobernó, procuró siempre mucho la observancia religiosa en sus súbditos, yendo él delante con su ejemplo y dejando mucho la honra y buen nombre de la Religión, promoviendo sus ministerios para con los de fuera y procurando que en todas se les diese muy buen ejemplo, y que no descaeciese por él ni por sus súbditos la estima y crédito de la Compañía. Y aunque con sus súbditos y domésticos siempre procuraba mostrarse afable y apacible y no serles penoso ni cargoso, pero con esto, en la guarda sustancial de la Religión y observancia regular, era grande la entereza que guardaba, no permitiendo ni por ruegos algunos, ni intercesión, ni otros respetos humanos, cosa que desdijese de esa religiosa observancia. Aumentó mucho lo temporal en los Colegios donde estuvo, disponiendo con su prudencia de modo que se pudiese acudir al remedio de sus necesidades y sustento de sus súbditos. A sus Superiores era muy rendido, obedeciendo en todo lo que le mandaban con mucha puntualidad y aunque fuese á riesgo de su salud, y aun si era menester con peligro de la vida. Ejercitáronle por todo el tiempo de sus estudios algunos achaques muy penosos, principalmente de estómago, que le forzaron á muchos días de cama y á muchas y fuertes medicinas, y aunque estos, á juicio de muchos, parecía le habían de excusar de ir á misiones, con todo, disponiéndolo así Nuestro Señor por medio de la obediencia, para mayor mérito y ejercicio de su siervo. Luego que le señalaron para la misión de Parras, distante casi doscientas leguas de México, obedeció puntualmente, y llegado á ella trabajó lo que pudo con mucha edificación y bien de aquellos indios. Porque como llevaba consigo los achaques y el temple no le fué benigno, crecieron, de suerte que le pusieron á punto de muerte, y fué necesario sacarlo de la misión á toda prisa en hombros de indios por no poder salir á caballo, con que mejoró y recobró la salud perdida; pero nunca olvidó el afecto y deseo que tenía de aprovechar en lo que pudiese á los pobres naturales, y llegado á nuestro Colegio de Tepotzotlán, en él se reformó en la lengua mexicana que sabía y aprendió la otomí con mucho cuidado y trabajo, por ser la más dificultosa de la Nueva España; y con ambas, ayudó mucho y con grande fruto y edificación á aquella nación, el tiempo que la obediencia quiso que atendiese á este ministerio. Después, en cualquier Colegio y ocupación que tuvo, no olvidó el celo y deseo de ayudar á los indios, acudiendo á confesarlos en cuanto podía. Este ministerio ejercitó con singular fervor en la ciudad de los Angeles, en ocasión que corrió una grave peste entre los indios, á los cuales, sin recatarse de la enfermedad ni del peligro, acudía á confesar de día y de noche.

Era afable y circunspecto con las personas que trataba, y aficionaba con su trato de suerte á los seculares, que le buscaban para pedirle consejos en sus negocios, en que era muy acertado por la prudencia con que los disponía y calidades todas muy propias de los operarios de la Compañía: para componer discordias y enemistades, para resolver sus dudas y cargos de conciencia, y confesarse con él, tenían mucho agrado; y con esta afabilidad con que los trataba y juntamente los edificaba y componía con la seriedad de su rostro, con sólo ver su compostura exterior, ellos lo veneraban y se componían. Excusaba visitas, en particular de mujeres, y de pláticas y conversaciones con ellas; y logrósele bien este recato, en una ocasión y lazo

que el demonio, común enemigo, le armó por medio de una mujer que, vencida de su pasión, pretendió manchar su pureza; pero fué en vano y con confusión de su depravado intento. Porque atreviéndosele en cierta ocasión á descubrirle su mal intento y ánimo, solicitando su castidad con los medios que el demonio le instigaba, oyó el recatado Padre el silbo de esta serpiente sobresaltado, y ayudado de la divina gracia, que para semejantes ocasiones pedía cada día á Nuestro Señor, con oraciones que tenía escritas de su mano en un cartapacio, para no olvidarlas, con un fervoroso celo é indignación, reprendió á la atrevida, afeándole sus malos intentos y mal correspondencia á las obligaciones que tenía de mujer noble, casada y cristiana; con que la dejó confusa y derramando muchas lágrimas de arrepentimiento y con propósito de no admitir tan ruines pensamientos en toda la vida, y así lo cumplió. Y no es mucho estuviese tan en sí en ocasión tan fuerte, quien (como se halla en el cartapacio de sus devociones) proponía cada día no hacer cosa que entendiese ser de disgusto de Nuestro Señor, ni dejar de hacer las que entendiese eran de su agrado. Y el que á menudo le pedía gracia para hacer su divina voluntad, y muy frecuentemente examinaba su conciencia, ejercitando las obras en que se empleaba, como quien luego hubiese de ir á dar cuenta á Dios de ellas y como si cada una hubiese de ser la postrera; y así, muy á menudo rectificaba la intención de estos sus ejercicios y santas devociones, y hacía actos de contrición y de otras virtudes que tenía con su distribución cotidiana, y por no olvidarla, se tenía puesta regla de leerla todos los días en saliendo de oración, ó en acabando de decir Misa.

Todas estas advertencias y distribución santa eran efectos de su oración y mortificación que en él se daban las manos, y juntaron maravillosamente. Eran muchas las devociones particulares que rezaba cada día, que parece no le alcanzaba á ellas el tiempo; teníalas escritas en un cartapacio familiar que siempre traía consigo, tanto que, aun estando ya cerca de morir, y no pudiendo por su flaqueza ya rezarlas, quiso se le pusiese sobre el pecho para que le acompañase en muerte, el que en vida le había sido tan fiel compañero. Fiaba mucho entonces en la intercesión de los santos, á quienes se encomendaba cada día y les rezaba su Letanía, que eran los que había tenido por suerte desde que entró en la Compañía hasta el último del mes en que murió, añadiendo muchos ratos que entre día buscaba para la oración. Para la de la mañana se disponía y prevenía casi siempre con una rigurosa disciplina, que antes de ella tomaba; y entre los puntos que le daban materia de oración, era muy familiar el de la muerte, porque en este ejercicio gastaba cada día grandes ratos, previniéndose para ella; y todas las noches, antes de acostarse, rezaba de rodillas la secuencia que la Iglesia dice en las Misas de difuntos: *Dies illa dies irae, etc.*, la cual decía con tanta ternura, devoción y lágrimas, que movía á ellas á algunos que desde afuera la percibían. Aquesta tan continua meditación y preparación para la muerte (se puede creer piadosamente), la quiso premiar Nuestro Señor dándole interiormente una satisfacción y seguro grande, que se lo quería llevar á gozar de sí al Cielo, como él mismo lo escribió á un Padre Hermano suyo, Religioso también de la Compañía, algunos meses antes que le diese la enfermedad que le causó la muerte. Porque por este tiempo le comenzó el achaque

ó achaques gravísimos y muy complicados de relajación y flaqueza de estómago, calentura continua, tiricia, desgano de comer y algunos otros que prolijamente y con muchos dolores le llevaron á la sepultura; pero esos, todos, los llevaba con tanta paciencia y conformidad de la voluntad de Nuestro Señor, y las medicinas muchas y penosas que le recetaban, con tanto sufrimiento, que admiraba y edificaba grandemente á todos los que le trataban.

Por orden de los médicos hubo de pasar á tierra caliente, por si en ella hallase alguna mejoría; y así, fué á una hacienda de Ingenio de azúcar que tiene la Compañía, junto á un pueblo de indios llamado Maninalco. Pero como Nuestro Señor se lo quería llevar á descansar y dar el premio de sus grandes virtudes y méritos, no se consiguió lo que se deseaba, antes cada día se le fué agravando la enfermedad, y fué perdiendo las fuerzas, de suerte, que aunque se deseó volverle á nuestro Colegio, no fué posible, temiendo no le cogiese en el camino la muerte; pero reconociendo el siervo de Dios que estaba ya cercana, se previno últimamente con una confesión general que hizo con un Padre de San Agustín, por no haber entonces ninguno de los nuestros en aquel Ingenio; y fué tal la confesión, que el confesor no acababa de admirarse y edificarse de la pureza que decía haber hallado en el alma del P. Egurrola. Pero sabiéndose en la Casa Profesa de México el peligro en que estaba, le enviaron un Padre que en aquella ocasión le ayudase y consolase; y fué así, que recibió singular consuelo, por tener con quien reconciliarse á menudo, como lo hizo por quince días, para aumentar la gracia de su alma con la del Santo Sacramento. Deseó mucho morir en día de San José ó de la Santísima Virgen, cuyas fiestas estaban cerca. Y aconteció una cosa, que aunque pareció acaso, se entendió la dispusieron esos soberanos patrones para consuelo de sus devotos. Porque sucedió, que el día de San José entraron por el Ingenio unos indios, que traían de fuera en unas andas sobre sus hombros, una Imagen de Nuestra Señora, parecida á la del Seminario de los Remedios de México; y de suyo encaminaron, y casi sin ser sentidos, subieron al aposento donde el Padre estaba enfermo, y allí pusieron la Imagen sobre una mesa, con cuya vista y visita el P. Pedro de Egurrola se alegró extraordinariamente, diciendo: «¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir que venga la Madre de Dios á visitarme? ¿Qué misterio es éste?» Y los indios respondían que aquella Imagen la traían de México para su pueblo; y los que allí estaban le decían, que sin duda San José le traía aquella Imagen para llevarlo al Cielo; y vuelto el Padre á los indios, que cantasen alguna cosa á la Santísima Virgen. Hiciéronlo, y el motete, que en su lengua le cantaron, fué éste: «*Virgen, Madre de Dios, seas bien venida: ¿Adónde vas, al Cielo? Pues llévame contigo.*» Mandóles otra vez que cantasen, y repitieron la misma letra con tan grande consuelo del Padre, que quedaba admirado. Y aunque había ya recibido el Viático, volvió á comulgar el día de la Encarnación, dando gracias á Nuestro Señor que le hubiese dejado oir aquella Misa. Y desde este punto no atendió más á otra cosa que á la contemplación de un santo Crucifijo que tenía sobre el pecho, hablando á solas con él, sin querer comunicar con otra persona alguna, hasta que dos días después, viernes 27 de Marzo del año de 1637, al salir el sol, con los dulcísimos nombres de Jesús y María y mucha quietud y paz de su alma, la puso en manos de su Criador,

yéndose á contemplar al Sol Eterno que nunca se pone en su Bienaventuranza; siendo de edad de 52 años, 37 de Religión y 18 de profeso de cuatro votos. Enterróse su cuerpo en la Iglesia de los Padres Agustinos de Maninalco, al lado del Evangelio en el Altar mayor, acudiendo aquellos Padres con mucha caridad á hacer el oficio de la sepultura y lo demás que fué menester; y aunque el pueblo era de indios, concurrió todo él al entierro con singular piedad y devoción.

CAPITULO XXXI.

De las muy religiosas virtudes y santa muerte del P. José Serrano, diligente operario en que resplandeció celo santo del bien espiritual de los indios.

Por dos razones escribimos en este lugar la vida y dichosa muerte de este gran siervo de Dios. La primera, porque aunque no murió siendo morador del Colegio de Queretaro, de que acabamos de escribir, pero lo era de la casa de residencia de San Luis de la Paz, que está subordinada á este Colegio; y lo segundo, porque fué muy señalado operario en ayudar al bien espiritual de los indios otomíes, que son los que pueblan á Querétaro y su comarca, cuya lengua es dificilísima de la Nueva España. Y la cual, aunque con grande trabajo, procuró aprender el P. José Serrano, y en ella ayudó, doctrinó y enderezó á muchos en el camino de su salvación. Y habiendo trabajado algunos años con una ardiente caridad y amor del bien de esta pobre gente, le llevó Nuestro Señor con una santa muerte á pagarle el premio de sus santos trabajos. Y porque de las circunstancias particulares de la muerte y ejemplos de virtud de este muy religioso Padre, dió cuenta su Superior al Padre Provincial, me pareció poner aquí su carta, que es del tenor siguiente:

«Esta escribo hoy 9 de Enero, acabando de enterrar al P. José Serrano con el mayor sentimiento y lágrimas, así de indios como de españoles, que jamás he visto. Ayer hizo ocho días que salió el Padre de aquí, al parecer bueno y sano, y aunque su achaque, por su quebradura no se hacía caso de él, pero el mismo día que de aquí salió y llegó á la Villa de San Miguel, adonde solía ir varias veces en misión, le arreció de manera en el camino, que se le salieron las tripas de su lugar, y acogiéndose en casa de un amigo devoto nuestro para que le curasen, fué el remedio tan violento, que le lastimaron, por haber sido después de tres días, en que se le habían enfriado, y obligaron á una cura fuerte. Ayer, á las ocho de la mañana, supe que le habían dado el Santísimo Sacramento y Extremaunción, y luego me partí con doce indios para ir á verle y traerlo para que se curase en casa; cuando llegué, que fué á las cinco de la tarde, le hallé ya difunto, el rostro como un ángel y los más de la Villa asistiéndole y contando su dichosa muerte; unos me refirieron, que á las diez del día, sintiéndose

ya cercano á su hora, pidiéndole á uno le trajese una disciplina y le hiciese tanta caridad de darle con ella una de su mano, porque él no se sentía con fuerzas para dársela con su propia mano. Hízole instancia una y muchas veces, aunque el otro lo repugnaba, hasta que él mismo se levantó de la cama y se hincó de rodillas en el suelo, rogándoselo de nuevo, y el hombre dijo: no hay disciplina; replicó el Padre: ¿Habrá unas riendas? que todo se va allá; y por darle gusto echó mano de una correa que halló á mano y dióle algunos golpes en las espaldas sobre la camisa, y queriendo el Padre quedarse en el suelo, el huésped lo levantó y puso en la cama, y le hizo estar en ella hasta que expiró. Otros me dijeron de su grande entereza de sentidos, de suerte que no los perdió hasta medio cuarto de hora antes de su muerte, haciendo coloquios tiernísimos con Cristo Nuestro Señor y diciendo: «Jesús mío, éste es el tiempo que me habeis de ayudar; recibid estos dolores en descuento de mis pecados» Finalmente, todos los de aquella Villa quedaron envidiosos de que, en medio de tanta ternura, acabase su vida mortal y le llevase Nuestro Señor, llamándole Santo á boca llena y pidiéndole rogase á Dios por ellos en el Cielo.

Oidas ésta y otras muchas cosas que sería largo contar, tratamos luego de traer el difunto á esta casa para enterrarle con Misa de cuerpo presente, como se hizo. Y aunque me lo dificultaban por los deseos de gozar los despojos de tan gran santo (que así le llamaban), yo alcancé la licencia del Beneficiado, y con esto, salí á las siete de la noche, que fué muy apacible, y llegamos esta mañana á las diez, saliendo á recibir al Padre difunto todo el pueblo con candelas en las manos; y no se hartaron de besar las manos á su Padre, derramando muchas lágrimas sobre él, porque era muy querido de todos; y lo merecía la afabilidad con que los traía, junto con la severidad y gravedad religiosa.

Y porque he empezado á decir de sus virtudes que en los años que aquí ha estado teníamos experimentadas, notaré aquí algunas; es á saber, de su oración, humildad y caridad: de la oración, que le ví muchas veces, que estando triste, luego se recogía al Santísimo Sacramento y salía alegre. A la mañana, le sucedió muchas veces estar tan cuidadoso de levantarse á oración, que salía á avisar al despertador que ya era hora de tocar á ella. Una vez sucedió dar una pedrada un indio á otro, tan recia, que le privó de sentido; fué el Padre á confesarle dos veces y no pudo hacerlo, yo fuí otra y tampoco hice nada; viendo esto el P. José Serrano, se fué al Santísimo Sacramento y á nuestro Padre San Ignacio, de quien era muy devoto, y á San Luis, á quien está dedicado este pueblo, haciéndole cargo de la perdición de aquel indio, que era suyo. Al cabo de cuatro días, vinieron á llamar al Padre de parte de aquel indio lisiado, visitólo y le habló con todo su juicio; confesólo muy á su gusto, y habiéndolo confesado, volvió á perder el juicio y á la tarde murió, dejando prendas de haberse salvado por las oraciones del P. José Serrano. De la humildad del Padre, digo, que siendo tan bien nacido como se sabe, le salían los colores al rostro cuando se trataba de sus honrados padres, diciendo que la verdadera nobleza era la Religión. Su caridad mostraba bien la puntualidad y presteza con que acudía á los ministerios y á toda suerte de gente para ayuda de sus almas. Advertí muchas veces que, siendo afligido de jaquecas rigurosas, se acostaba con tanto dolor que se le

partía la cabeza, y con todo, al primer golpe de la campanilla de la portería, estaba ya en pie para saber á lo que llamaban; y luego venía á decirme: «Padre, voy á confesar ú olear á Fulano,» y parecía que estaba su salud en que le llamasen á aquellos tiempos. Sería nunca acabar haber de explicar por menudo todas las virtudes del P. José Serrano, de las cuales le resultó el remate de tan dichosa muerte; de ella me hablaba algunas veces, diciendo que al fin se había de llegar la hora en que ni aprovechaba el médico ni medicina; y la mañana antes que saliese de aquí, como teniendo anuncios de su muerte, vino á confesarse y me dijo: «Triste he estado esta noche por haberme soñado muerto, y á vueltas de esto, me he acordado de un escrupulillo de la vida pasada, y pienso que ya lo he confesado, pero por sí ó por no, lo quiero ahora confesar;» y así lo hizo. Fué muy sentida de todos la muerte de este Ministro del Señor, y muy en especial de los indios, á quienes iba á confesar al pueblo de San Miguel, donde murió. Todas las Cuaresmas, y de ellos (que son más de dos mil), le venían muchos á buscar á esta nuestra casa, antes ó después, ó en la misma Semana Santa.» Hasta aquí la carta del Superior de la residencia de San Luis de la Paz, de las virtudes y santa muerte del P. José; á lo cual podré añadir lo que me refirió del mismo Padre, otro que después le sucedió en el ministerio de la Doctrina de los indios otomíes, y en su lengua los ayudó muchos años, diciéndome: «Que viniéndose á confesar con él muchas veces indios de San Miguel y de su comarca, y estancias por donde había andado el P. José, los hallaba tan bien instruidos en la Doctrina Cristiana, que le hacía reparar cuán bien de ellos estaban, y decía: bien se te echa de ver que te ha confesado el P. Serrano, porque verdaderamente fué varón de grande celo del bien de las almas de pobres indios, ministerio en que se ejercita más por el amor de Dios.

Fué el P. José Serrano natural de la ciudad de los Angeles, murió en edad de 43 años, de ellos, los 14 en la Compañía y los 12 en ministerios de indios, que ejercitó con singular caridad y gusto suyo y aprovechamiento de sus almas. Tenía señalada hora en que estudiaba la lengua otomí, con tanto cuidado, que siendo, como es, la hora más pesada la de la siesta, él no dormía ni descansaba en ella, teniendo por más sabrosa, más á su gusto y la que más le divertía del descanso, el aprender una lengua tan desabrida por ayudar á sus prójimos; y después de esta hora de estudio, era rezar el Rosario de rodillas y luego sus Letanías al Santísimo Sacramento y á la Santísima Virgen; llenando siempre el tiempo con ejercicios santos, por medio de los cuales alcanzó las virtudes que en él resplandecieron y por las cuales podemos y debemos entender, que goza en el Cielo de grande gloria. Murió el P. José Serrano el año de 1622, y está enterrado en la Iglesia de nuestra residencia de San Luis de la Paz, subordinada al Colegio de Querétaro.